

A fiestas pasadas



Vista de Bezas. Foto: J. Sánchez

A mi regreso a Zaragoza, tras un reconfortante veraneo, y mientras preparo algunas cosillas que os iré contando, permitidme que destape un poco el tarro de mis esencias, que siempre me traigo algo de mis visitas a esas queridas tierras,

Es creencia compartida, que las fiestas patronales de los pueblos son necesarias en todo tiempo. Cuando ellas falten habrá que entonar más de un réquiem. Son algo así como el cordón umbilical, transmiten alegría, ganas de seguir; infunden ánimos, esperanzas.

El programa de fiestas representa mucho más que lo puramente lúdico. Tras su contenido escrito hay un deseo, sinceridad del reencuentro, para beber un año más en las fuentes que dieron vida.

Por unos días al menos, nos aproximamos un poco más a la sinceridad, intentamos ser un poco mejores. Tras el reencuentro y los primeros abrazos, tras secar la lágrima por la última desgracia; tras enumerar dichas y desdichas, -casi siempre es de lo mismo- de regodearnos un poco comparando nuestros alifafes, acabamos siempre con los buenos deseos, los planes, saludable ejercicio que no compromete a nada.

Ya hace muchos años que en Bezas, pueblo cruelmente castigado por la emigración, el Ayuntamiento pasó las funciones de organizar las fiestas a una comisión, prestándole su ayuda económica, eso sí. Y curiosamente el invento ha funcionado a maravilla,

aceptando siempre la designación, y aunque sus miembros están desperdigados por media España, siempre han sacado las fiestas adelante. Eso es un gran mérito.

Cada año la comisión de fiestas intenta mejorarlas, las pule y da realce con pequeños retoques; nada de grandilocuencias y exageraciones, -no siempre lo grande es mejor- cuenta también el detalle y así este año resultaron muy amenas y de una convivencia pacífica de matrícula de honor.

El programa quizás excesivo en actos. Unos carteles anunciadores plagados de firmas colaboradoras de Teruel sobre todo, de Bezas, de Zaragoza, dan idea del grado de colaboración y la conciencia que se está adquiriendo sobre la importancia de las fiestas y el buen hacer de su comisión.

Hubo interesantes novedades, con nuestro toro de fuego de carne y hueso y vaquillas, -que no se mataron- que armaron la marimorena entre la juventud; teatro público, talleres para niños, misa mudéjar en la bella plaza y a la sombra y con el tintineo de fondo de la vieja fuente ornamental, -por cierto Sr. Alcalde, podíamos ponerle un torico en lo alto del pilón- y parque infantil, y cuatro grandes orquestas, y una gran comida en la plaza, y un castillo de fuegos artificiales que resultó una monada, humilde, bello y modelo de prudencia, y el entierro de nuestro ya querido botijo, y etc., y etc.

Y no digamos de las mañanas, en la bonita calle de Medio, junto a la plaza; los chupitos de cazalla para los hombrazos, el moscatel para los otros y las otras, y el omnipresente botijo con la fresquísima agua de nuestra Fuente Buena; y las tortas finas, las magdalenas y los ricos mantecados de la panadería de Primitivo, haciendo de cada mañana el entrañable mentidero, una especie de tribunal de cuentas del tiempo, de aquellos chicos que allí mismo, hace ya muchos años, en las bonitas escuelas, -hoy hechos hombres- aprendieron sus primeras letras.

Así concluyeron las fiestas de 1.998, de un pueblo bonito y bueno, fin de un veraneo de apacible convivencia y entre paseos a nuestras históricas, bellas e incomparables Tajadas del Rodeno, a nuestro querido y envidiable Dornaque, el de nuestros abuelos, el de nuestra infancia, el de siempre querido y bien cuidado por los bezanos, que no necesita más padrinos; subiendo a Peña de la Cruz, yendo a nuestra hermosa Laguna, y a tantos y tantos lugares bellos como hay por allí. Y no le faltaron coqueteos al entrañable bar de Jorge, al Torrador del Campillo. Una delicia.

Si acaso se notó la falta -con respeto Sr. Alcalde- de alguna

sesión de cine al aire libre, como en otros años, que eso sería un buen colofón para los veraneos en Bezas, que tantos se pierden por despiste, por decisión voluntaria o por simple ignorancia. No saben lo que se pierden.

Publicado en el Diario de Teruel el 13 de septiembre de 1.998